

# Tres códices preciosos para un príncipe prudente

JUAN OLEZA\*

*A Francisco Ynduráin*

“Murió en el traje que vistió la vida”.

(Lope, *Los Tellos de Meneses*)

“Goza, mancebo ilustre, del renombre”.

(Lope, *Los hechos de Garcilaso de la Vega*)

## LA IMAGEN DE UN REY INACCESIBLE

La historia tiene momentos en que se comporta, en frase del Padre Mariana, “no de otra manera que los grandes ríos [que] por las hoces van cogidos y por las vegas salen, cuando se hinchan con sus crecientes, de madre”. Una de estas crecidas comenzó aquel octubre de 1555 en que el joven rey consorte de Inglaterra viajó a Bruselas para asistir a la abdicación de su padre, el emperador, aquel Carlos casi divino a ojos de sus contemporáneos, a quien un poeta soldado profetizara, no hacía mucho, el advenimiento de una “edad gloriosa [...] por suerte a nuestros tiempos reservada”, la edad en que el mundo sería gobernado por “un monarca, un imperio y una espada”. La profecía saltó del padre al hijo antes de lo que nadie hubiera sospechado, y es ese hijo, todavía príncipe, pero ya inminente rey, la figura que congrega los tres preciosos códices –dos dedicados a él, uno adquirido por la princesa Isabel de Valois, su futura esposa– que durante siglos han permanecido en la Biblioteca de El Escorial y que hoy, editados en exactos facsímiles y pulcra-

\* Universitat de València.

mente estudiados<sup>1</sup>, convoco a este homenaje a Francisco Ynduráin, Don Francisco. Los tres códices son ocasión para el regalo de los sentidos no menos que para la evocación de una época, la del Rey Prudente, y la meditación de sus paradojas.

El príncipe que llegó por primera vez a Bruselas en 1549, llamado por su padre, era aquel Felipe que pintó Tiziano, casi con ojos de mujer para que se ilusionase María Tudor, reina de Inglaterra, su prometida, un joven cuya mirada enigmática hace olvidar los destellos de la suntuosa armadura, pero cuya sensualidad —quizá por última vez en su vida— parece brotar sin freno entre los labios. Gozaba entonces fama entre los españoles de una “hermosura extraordinaria”, pero a los flamencos les pareció corto de estatura.

De Bruselas los Austrias trajeron a España una idea de la majestad, un concepto de corte y una etiqueta, la borgoñona, que habían de marcar de ahora en adelante la imagen del joven rey tan profundamente al menos como su propio instinto. El fervor con que en su reinado fueron discutidas —y establecidas— las cuestiones de protocolo tocantes a la persona real, así como la cantidad de esfuerzo e inteligencia que el propio Felipe dedicó a ordenar el ceremonial de ocasiones solemnes, como la recepción en España de su tercera esposa Isabel de Valois, o como el itinerario y las entradas reales en Burgos, Segovia y Madrid de la cuarta, Ana de Austria, o como el servicio y acompañamiento de su hijo, el príncipe Carlos, arrestado en sus aposentos del Alcázar Real de Madrid y custodiado por la flor de la nobleza española, o como la pompa que debía envolverle en la Jornada de Sucesión de Portugal, y en especial en sus entradas en Santarem y en Lisboa, son los argumentos de una ficción, de un modo de parecer y de aparecer o de ocultarse que aún hoy se interpone entre la imagen que tenemos del rey y una inaccesible, casi improbable, intimidad.

En esta imagen, que los años fueron perfeccionando hasta privarla de resquicios, la majestad del rey ocupa el centro de una corte que ocupa el centro de reino que ocupa el centro de un imperio<sup>2</sup>. La corte atrae a la nobleza como un gran imán a las medallas, pues allí se reparten privilegios a cambio de domesticidad y adhesiones. Si los ministros de Felipe II siempre tuvieron al-

<sup>1</sup> Los tres códices escurialenses son el *Prognosticon Philippi II Rey a Doctore Mathia Haco* escrito en lengua latina, un *Diminuto Devocionario o Libro de Horas*, también en latín, y los tres volúmenes de una monumental *Heráldica y origen de la nobleza de los Austrias*: en latín y alemán, de Hans Tirol. Forman parte de la llamada un poco ostentadamente *Maxima Regia Collectio* y han sido editados, en mimados y cuidados facsímiles, por Ediciones Grial, acompañándolos de precisos estudios en libros independientes: el *Horóscopo* ha sido traducido y analizado por Demetrio Santos Santos (Valencia, Eds. Grial, 1995), el *Diminuto devocionario* lleva adjunto un estudio de Ana Domínguez Rodríguez y Francisco J. Docampo Capilla (Valencia, Eds. Grial, 1995), y ambos se encuentran a disposición del lector. En cuanto a la *Heráldica* (que ha sido mostrada al público) el primer volumen y el estudio de Elizabeth Scheicher que lo ha de acompañar, puede consultarse el estudio —bellamente ilustrado— publicado por esta estudiosa en *Reales Sitios*, Año XXVII, N° 103 (1<sup>er</sup> trimestre de 1990, pp. 45-56).

<sup>2</sup> Para la elaboración de estas consideraciones, aparte de la bibliografía clásica sobre Felipe II y El Escorial (P. Sigüenza, Brantôme, J.A. Llorente, Fernández Montaña, L. Pfandl, A. González Amezua, G. Marañón...) que cito pero no referencio, por la índole de esta colaboración, me han sido especialmente útiles los testimonios aportados por dos volúmenes misceláneos: *El Escorial: arte, poder y cultura en la corte de Felipe II*, Madrid, 1989 (especialmente los trabajos de F. Checa Cremades, de G. Kubler, y de F. Bouza Álvarez) y J. Martínez Millán ed. *La corte de Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1994 (en particular los trabajos de J. Martínez Millán y de F. Bouza Álvarez).

go de criados personales, sus nobles, incluso los más soberbios, como aquel legendario y roqueño duque de Alba, cambiaron gustosamente la independencia de sus feudos rurales por el cortejo asiduo de los salones. Felipe les facilitó la tarea, ya en su época de regente los convocó a un centro común, inventó Madrid como corte: “Luego trató nuestro Felipe de poner en ejecución sus buenos propósitos: comenzó lo primero a poner los ojos dónde asentaría su Corte, entendiendo cuán importante es la quietud del Príncipe, y estar en un lugar para desde allí proveerlo todo y darle vida, pues es el corazón del cuerpo grande del Reino. Contentóle sobre todo la villa y comarca de Madrid”, escribe el padre Sigüenza, “porque es como el medio y centro de España, donde con más comodidad pueden acudir de todas partes”.

Entretanto, y en el corazón oculto de la corte, cristalizaba un estado cuyo aparato era arrebatado a la nobleza de sangre y entregado en manos de una clase nueva de políticos profesionales, procedentes de las universidades. Iniciaron la tarea los reyes católicos, pero fue sobre todo bajo Felipe II, en un principio de la mano del príncipe de Éboli y más tarde del cardenal Espinosa, cuando se constituyó una tupida red de Consejos y Juntas en manos de asesores, presidentes y secretarios, que tan decisiva influencia tuvieron en los acontecimientos del reinado. Un escritor contemporáneo, Hermann Kesten, ha dedicado un capítulo de su novela histórica sobre Felipe II *Yo, la muerte*, a “los escribanos”, los todopoderosos ministros de Felipe, y se entretiene en imaginar juntos en una misma estancia a quienes igualó la condición de bastardos, aunque acabaran siendo enemigos irreconciliables, los Juan de Escobedo, Mateo Vázquez, Francisco de Eraso o Antonio Pérez.

En el centro de esta corte Felipe se convirtió en “columna de la Iglesia y padre de nuestra Reforma”, como le llamó Santa Teresa, en “un Rey que a todo excede”, en frase de Lope de Vega, que hubo de hacer frente con tan sólo 22 años a la responsabilidad abrumadora que descargó en él su padre, al abdicar, que trató de extender con su política matrimonial alianzas hacia Inglaterra (1554), Francia (1559), o el Imperio (1570), en la conflagración europea desencadenada por los enfrentamientos religiosos y la constitución de los modernos estados nacionales, que extendió a Portugal su patrimonio, que hubo de enfrentarse a la hostilidad de Roma, y muy especialmente a la tan feroz de Paulo IV, sin romper con la Iglesia, y que entró en guerra con Francia, con los Países Bajos, con los turcos, incluso con Inglaterra, todo ello mientras proseguía la conquista y colonización de las Indias Occidentales o salvaba como podía la casa en problemas internos tan graves como el de la conspiración, detención y muerte de su hijo y heredero, el príncipe Carlos, “adonde más la sangre duele” (Lope), o como el conflicto constitucional primero, e internacional después, que provocó el asesinato de Escobedo y la prisión y fuga de Antonio Pérez, “la dulce lengua de engañoso estilo” (Lope).

No lo tuvo fácil. Bien pudo decir al final de su reinado lo que el padre Mariana de su *Historia General de España*: “El trabajo puedo yo testificar ha sido grande, la empresa sobre mis fuerzas, bien lo entiendo; mas ¿quién las tiene bastantes para salir con esta demanda?”.

En la dedicatoria de su *Consejo y consejeros del príncipe* (1559) “Al Gran Católico de España don Felipe el Segundo”, el letrado valenciano Fadrique Furió Ceriol formulaba la teoría de la doble identidad de los reyes: “Todo Príncipe es compuesto casi de dos personas, la una es obra salida de manos

de naturaleza [...] la otra es merced de fortuna y favor de cielo [...] De manera que todo y cualquier Príncipe se puede considerar en dos maneras distintas y diversas: la una en cuanto hombre, y la otra como Príncipe”. Pero Felipe II parece haber sido llamado a desequilibrar este binomio, como ha escrito F. Bouza Álvarez: o bien resultó demasiado príncipe para hombre o bien demasiado hombre para príncipe, de manera que algunos historiadores han podido hablar del “proceso de personalización del poder” que llevó a cabo, mientras otros, alternativamente, resaltaban su condición de Rey Funcionario, la impersonalidad de su gestión, su tendencia a decidir arropado por sus consejeros y a subordinarse a sí mismo a la maquinaria del Estado. Para el lector moderno resulta impresionante la lectura de una cualquiera de esa multitud de cartas que Felipe dirigió a los distintos Consejos, a las Cortes de sus reinos, a los Grandes, a las ciudades, a los tribunales, a los obispos y arzobispos, a los superiores generales y provinciales de las órdenes religiosas, a los virreyes, al papa... dando cuenta inmediata de la detención de su hijo en términos sobriamente despersonalizados, o en los que el factor personal queda diluido bajo la gravedad del problema de Estado: “...habiendo ordenado la reclusión del Príncipe, mi hijo [...] me ha parecido bien, considerada la naturaleza de este asunto y de este cambio, daros de él conocimiento para que os informéis de lo que se ha hecho, y que por vos se informe al Reino [...] Sólo añadiré que vos vereis a qué personas en ese Reino [...] convendrá comunicar la cosa, y en qué forma debeis proceder, teniendo en cuenta siempre no ser menester ninguna clase de asamblea para tal comunicación. Y porque sepáis el orden que se ha seguido en esto en el Reino de Castilla, os envío copia de las cartas que se han escrito a las Ciudades, Tribunales, Grandes, Prelados y otros. Vereis el uso que dellas se podrá hacer. Dado en Madrid a 26 de Enero de 1568”. En toda esta carta que he tomado como ejemplo, dirigida al virrey de Navarra, sólo una frase apunta una nota personal: “Y podréis también considerar la pena y el dolor con que yo habré procedido así para con el Príncipe mi hijo”.

A mi modo de ver las dos tesis, la de la personalización y la de la funcionalización del poder, reflejan igualmente la actitud de Felipe II ante el mismo y conforman su paradoja. Se apropió personalmente de la gestión del poder a la vez que se ilusionó con la idea de hacerlo funcionar como un mecanismo, más allá de las irregularidades y arbitrariedades de la condición personal. Hasta qué punto no consiguió eliminarse a sí mismo –y a su capricho– de su ejercicio del poder absoluto lo demuestra el recelo –el rencor incluso– con que siempre consideró las cosas de su hermanastro, Juan de Austria. Hasta los más fervorosos partidarios de Felipe II, como Ludwig Pfandl, reconocieron que el rey antepuso su necesidad íntima de cortar las alas a don Juan, transformado por la batalla de Lepanto en héroe unánime de la Cristiandad, a la exigencia política de explotar la victoria hasta sus últimas consecuencias, inmovilizó la flota triunfadora, dejó que se disolvieran los efectos cohesionadores de la euforia, permitió o provocó la ruptura de la Liga... Y no sería muy diferente años después, cuando lanzó a su hermanastro a la misión imposible de dominar la sublevación de los Países Bajos, para dejarlo después sin recursos con que explotar sus iniciales éxitos. El doctor Marañón explicaba que Felipe “desconfiaba sobre todo de los hombres que daban una sensación de fuerza”, y muy en especial de Alejandro Farnese y de Juan de Austria. Como

dijo de él Quevedo “dio demasiado crédito al temor”. Sus planes siempre se quedaron mucho más acá de la realidad que los sueños visionarios del emperador, de Juan de Austria o de Sebastián de Portugal, y su carácter no conoció los altibajos de depresión y excitación de personalidades tan deslumbrantes, reducidos a fuerza de voluntad y sentimiento del deber a un comportamiento monocorde. Aunque es posible que no se lo perdonara a sí mismo. Respecto a su padre, al menos, parece haber dejado crecer dentro de sí sentimientos antagónicos, la seducción que ejercía sobre él su presencia brillante, su espíritu viajero, sus campañas militares, la adhesión que suscitaba aparentemente sin esfuerzo, su don de lenguas (Felipe no pudo o no supo hablar más que en castellano), su condición de heredero del Sacro Imperio, al tiempo que no le perdonaba que le hubiera privado del mismo en beneficio de su primo Maximiliano, y que buscaba afanosamente los signos de su diferencia. La imagen formidable del emperador cabalgando sobre el campo de batalla de Mühlberg, que pintó Tiziano, es el más exacto contrapunto de ese retrato escueto y sombrío que Pantoja de la Cruz dejó de Felipe II en la Biblioteca de El Escorial, por más que Pompeo Leoni tratara de aproximar, en el bronce de sus enterramientos, la majestad de ambos monarcas.

Que Felipe debió de ser muy sensible a la comparación con su padre es algo que se deja intuir en los precavidos elogios que Matías Hato, el autor del *Horóscopo*, le dedica cuando aún reina su padre: “el nativo [Felipe] tiene un Marte más fuerte que el de su padre”, escribe, y celebra “la disposición favorable que corresponde a un héroe sumo”, de manera “que nadie habrá de existir superior a él”. Una burla como la que el príncipe Carlos hacía de su padre entre sus más allegados a propósito de *Los grandes viajes de D. Felipe*, que no pasaban de ir de Madrid al Pardo y del Pardo al Escorial, debió herirle en lo más profundo. La comparación entre el padre y el abuelo con que el hijo se complacía no era en nada favorable al padre, nada parecida a aquella otra que, igualitaria, predicó Fray Alonso de Cabrera con motivo de las Honras Fúnebres de Felipe, en 1598: “A David sucedió Salomón, y a Carlos, Felipe II”.

Si Felipe fue reiteradamente comparado a Salomón, el Rey Sabio, la imagen cotidiana que retuvieron sus súbditos fue la de un rey inaccesible. El rey “vendía tan cara su vista a los españoles que ninguno, por grande que fuese, le vio sin primero solicitarlo”, escribía el marqués de Aguilar, y en un anónimo *Papel a Philippo Segundo*, que circuló de mano en mano, se dice que los súbditos “acriminan mucho el no parecer Vuestra Majestad y negociar por billetes y por escrito”, pues ello iba “contra su obligación real que es de oír y despachar a todos, grandes y pequeños”. Esta fue una crítica tan contemporánea como generalizada: el Rey no escuchaba en audiencia a quienes se suponía que debía escuchar —y el Rey en audiencia es la imagen más reiterada de los reyes en la literatura de la época, en especial en las comedias que se representaban en los corrales—, a todos imponía la consulta previa por escrito y la aduana de aquellas escasísimas personas que gozaban del privilegio de su trato, privilegio que las colocaba en el centro de un denso tráfico de influencias y que les confería un prestigio extraordinario, como fue el caso del príncipe de Éboli primero y de Antonio Pérez después. El rey parecía convencido de aquella máxima según la cual la Majestad cuanto más lejos se halla más se reverencia, y a ello le ayudó sin duda la rígida etiqueta borgoñona.



renzo”, en el otro Fray Alonso de Cabrera que “De los Reyes y Cónsules del Mundo dice el Santo Job [...] que edifican para sí las soledades”. El Escorial fue, entre otras muchas cosas, nido y lugar ameno para las soledades del rey. Podría haber dicho con Lope:

A mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,  
porque para andar conmigo  
me bastan mis pensamientos.  
(*La Dorotea*)

O con Fray Luis: “ ¡Oh, secreto seguro, deleitoso!”

O con Lupercio Leonardo de Argensola: “ ¡O Corte, o confusión! ¿quién te desea?”

Podría parecer que el retraimiento y la cautela o el disimulo, que parece una constante en la conducta de un rey que fue llamado el Prudente y que tal vez había aprendido a valorarlo, como virtud política, en los tratados de Maquiavelo y de los pensadores “tacitistas” españoles de su tiempo, incluso de Santa Teresa, que advierte en carta a Felipe: “porque el saberse [este negocio] sería dañar en lo mismo que se pretende, que es todo para gloria y honra de Nuestro Señor” se compensaban con una calculada puesta en escena de sus actuaciones en público, y sobran muestras de la minuciosa atención que les dedicaba, o del efecto que producían. Quien haya frecuentado la abundante literatura sobre el Rey Prudente habrá topado más de una vez con testimonios como aquel del experimentado secretario del emperador, Francisco de los Cobos, quien le escribía que su hijo trataba los asuntos de estado con “una natural terribleza, e majestad, e imperio, que estremece”, o como aquel otro de un tratadista político napolitano que contaba que a menudo quienes se veían cara a cara con él perdían la voz y quedaban como entontecidos, o como aquel otro, el más divertido de todos, en que el célebre personaje cómico Juan Rana, habitual en comedias y entremeses del XVII, hace acto de aparición en la comedia *Segunda Parte del Séneca de España, Don Felipe Segundo*, de Juan Pérez de Montalbán, y habla sobre el rey, con el rey, sin conocerlo, y dice:

¡Dalde a los diabros!  
Que diz con cada palabra  
echa unos ojos de gato  
que ha’ el alma los encraba,  
y deja un hombre tenbrando.

Pero no todas las imágenes que nos han llegado del rey hablan de una presencia calculada e intimidadora. Basta leer las páginas de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del Padre Sigüenza, y seguir las evoluciones del rey al compás de las obras de El Escorial, para entrever a una persona que, en determinados ámbitos de su actuación, siempre muy inmediatos a sí mismo, se mostraba amante de la naturalidad y sabía relegar las exigencias del protocolo.

Su estilo de trabajo era, por de pronto, inaudito para lo que tradicionalmente se esperaba de un rey. Nadie le hubiera pedido que como cierta clase de madres posesivas hiciera de su sacrificio al servicio de todos los miembros de la familia el mejor instrumento de su dominación, pero así fue: Felipe se hizo abrumadoramente presente en la vida española no por el esplendor y la frecuencia de sus puestas en escena sino por el empecinamiento con que se entregó, emboscado en su aposento de trabajo, a las tareas de un rey funcionario. En la comedia citada unas líneas más arriba Pérez de Montalbán hace decir al rey, sobre sí mismo:

Yo imagino que el ser Rey  
 es, aunque deidad divina,  
 como tener un oficio,  
 que me pagan que les sirva  
 mis vasallos con su hacienda,  
 sangre, voluntad y vida.  
 Si no les sirvo y acudo,  
 de conciencia y de justicia,  
 les debo restituir  
 cuanto me ofrecen y aplican,  
 que comer sin trabajar,  
 o es flojedad conocida  
 o, por decirlo más claro,  
 especie de tiranía.

En una época en que el desempeño de un “oficio” era considerado deshonroso para la nobleza, la mera idea de que reinar era algo parecido a un oficio parece un despropósito, pero en todo caso un despropósito ajustado a la laboriosidad –incontinente– del monarca, que se interesaba por todo cuanto sucedía en sus reinos y pretendía que todos los asuntos pasaran por sus manos. Así se lo hizo saber Fray Jerónimo Vallejo, quien atribuía a este afán de estar en todo lo mucho malo que corría de boca en boca sobre el rey: “como ven que todo pasa por mano de Vuestra Majestad, todos los malos sucesos se los cargan e imputan”. Y es que para el rey no parecía haber asunto pequeño, aunque fuera puramente doméstico. “Cuanto a la menudencia con que Su Majestad trata los negocios más menudos, años ha que entendemos que es materia de lástima”, escribe en una aguda y bien escrita carta el conde de Portalegre al secretario Esteban de Ibarra, en 1597. Como si no supiera o no pudiera seleccionar la cuota de gestión que le correspondía, la acumulaba toda, dando pie a innumerables recriminaciones y quejas, que le pedían que delegara el trabajo.

Nada más lejos de Felipe que la idea de un rey repentizador y ejecutivo: prefiere siempre que se le sometan los asuntos por escrito, leerlos reposadamente en su aposento, anotarlos al margen, dando la razón o quitándola, mostrando su complicidad o su repulsa, contestando preguntas no formuladas, postergando la resolución a después de tal o cual consulta, manifestando dudas, incluso sentimientos estrictamente personales. Causa admiración, estupor incluso, la cantidad de anotaciones que desparrama sobre la infinita documentación oficial que se le somete a trámite, por eso se ha podido decir de él, comparándolo con su padre, que cambió la espada por la pluma y el



campo de batalla por la escribanía. Escribía o leía a todas horas, de forma tan exhaustiva que hacía temer por su salud, pues con “ejercicio de tanto papel [...] cierto es cosa que da pena de ver lo que hace de sí”, como comentaba don Diego de Córdoba.

Los daños de un tal atracón de escritura burocrática no sólo los pagó la salud del rey, o su aspecto prematuramente envejecido, sino que fue opinión muy difundida que obró en perjuicio de la cosa pública, que entorpecía con sus interferencias, sus postergaciones, su irresolución. Fue opinión común en la época la de que el rey o era tardo en resolver o nunca resolvía nada, y Gregorio Marañón, entre otros testimonios, evoca aquel exasperado de don Juan, harto de pedirle mayor diligencia y resolución en su apoyo a la guerra de Flandes: “¡No lo deje Vuestra Majestad más a beneficio del tiempo, pues el haberlo hecho nos ha traído el mal estado en que nos hallamos!”, o aquel otro del Papa Pío V: “Porque Vuestra Majestad consume tanto tiempo en consultar sus empresas, que cuando llega la hora de ejecutarlas se ha pasado el tiempo y se ha consumido el dinero”.

Cuantos historiadores y biógrafos han insistido en la obsesión del rey por hacer pasar por sus manos todos los asuntos constatan, también, y un sí es no es paradójicamente, el apoyo real a la promoción de letrados y técnicos a los más altos cargos ejecutivos, la instauración de un sistema de Juntas de “especialistas” que, convocadas directamente por el monarca, tomaban acuerdos resolutive de gobierno, o la delegación de poderes en secretarios, embajadores, regentes... que a menudo llegaba al punto de renunciar en ellos todo su poder de decisión. Basta comprobar cómo puso en manos de una amplia comisión de técnicos la elección del lugar más apropiado para su sueño más querido, el monasterio de San Lorenzo, o la confianza con que Granvela le exponía los problemas gravísimos que iban surgiendo durante su mandato en los Países Bajos, algunos de ellos provocados directamente por él, y le adjuntaba borradores de resolución que daban por supuesta, con menos naturalidad que descaro, la conformidad del rey, y en todo caso la anticipaban. La documentada monografía del doctor Marañón sobre Antonio Pérez no deja lugar a dudas respecto a “la completa captación de la voluntad de Felipe II por su Secretario [...] Los testimonios contemporáneos de ello son sumamente expresivos. Cuevas decía: Subió tanto que Su Majestad no hacía más que lo que el dicho Antonio Pérez ordenaba [...]. El Papa y el señor Don Juan de Austria y otros señores, acudían a Antonio Pérez para, por sus medios, conseguir de Su Majestad lo que pretendían”. Y Marañón comenta, a propósito de la correspondencia entre ambos: “Felipe II se amoldaba con docilidad, cuando no extasiado, a las sugerencias de su interlocutor [...] Sorprende la cauta pero enérgica decisión con que despacha por su cuenta los negocios, sin dejar a Felipe otra intervención que su visto bueno”.

Constatar la doble pulsión que le lleva a apropiarse de la gestión entera del Estado y al mismo tiempo a delegar poderes en juntas y secretarios no conlleva compartir la tesis de Marañón sobre la personalidad de Felipe II, “un Rey absoluto, pero de voluntad vacilante”, una especie de tirano agobiado por sus carencias personales, conlleva, eso sí, comprobar una vez más la personalidad laberíntica de un ser humano a quien el poder absoluto añadió cuotas desmesuradas de complejidad.

Porque este rey severo tuvo también su “lado amable”, como se encargó de evocar en 1876 Juan Pérez de Guzmán, en los primeros pasos de lo que

habría de ser una reivindicación moderna de la figura de Felipe II, hasta entonces marcada por las descalificaciones de la “leyenda negra” contemporánea y las acusaciones del liberalismo decimonónico. Nadie podrá negar, sin embargo, que fue un rey que no supo o no pudo capitalizar su infinita dedicación y que cosechó menos consenso que hostilidad para sus virtudes. Matías Hato, al escribir su *Horóscopo*, lo había hecho notar, a la vez que su extrañeza: “Y si alguno por casualidad se pregunta por qué razón un individuo dotado de tales virtudes que se podría decir de él que es la virtud misma, es odiado de tal suerte, diré que la Luna, significadora del pueblo y los súbditos, está influida en forma negativa”. La culpa era de la luna, aunque el cauto Hato añadía bajo mano otras dos causas, la maldad de los extranjeros que influían sobre los súbditos del rey y la época tan corrupta que le había tocado vivir, en la que no se sabía distinguir lo santo de lo no tan santo.

El *Horóscopo* de Matías Hato deja entrever algunos de los aspectos del lado humano del monarca: su elegancia personal, la moderación y frugalidad de sus costumbres –que retrasó algunos años los primeros síntomas de la gota, el estigma legado por el Emperador–, su contención y autolimitación, su cultura –más inclinada a las ciencias que a las letras, pero muy dada a las artes, en especial a la arquitectura y a la pintura–, su pasión por los jardines –los de Aranjuez y El Escorial, cuya plantación ordenó y supervisó, fueron en verdad magníficos– y, en general, por la naturaleza, a la que sin embargo prefería ordenada por la mano del hombre. También deberían ponerse de este lado sus afanes constructivos, de rey arquitecto, su mecenazgo artístico, el afecto tan secretamente cultivado por sus hijas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Francisca... En su destino no puede descontarse una dosis más que notable de infortunio, y pudo decir con Garcilaso “Mas la fortuna, de mi mal no harta, / me aflige y de un trabajo en otro lleva”, o con Lope “no hay soberbia humana / sin contradicción divina” (*Las bizzarrías de Belisa*). No tuvo suerte en sus matrimonios, que ya Hato pronosticaba que serían dos o tres, pero que fueron cuatro. Tres de sus mujeres, a las que parece haber amado, Maria Manuela de Portugal, Isabel de Valois y Ana de Austria se casaron y murieron muy jóvenes, tras un corto matrimonio (no llegó a un año el primero, ocho duró el tercero, diez el cuarto).

También la segunda, María Tudor, reina de Inglaterra, compartió poco tiempo –cuatro años– su vida, pero no parecen haber transcurrido a mayor gloria del matrimonio. Refiriéndose a Isabel y a Ana, comentó Juan A. Llorente, en su célebre *Historia crítica de la Inquisición de España*, no sin malicia: “parecía suerte de aquel monarca tomar por mujeres las destinadas a su hijo”, y no debe excluirse que ésta fuera una causa más de la difícil convivencia con Carlos. Tampoco tuvo suerte con los hijos, de los ocho que vio nacer vio morir a cinco, uno de ellos, Carlos, en circunstancias verdaderamente dramáticas. Y tampoco la tuvo con las enfermedades (“la salud le abundó de desventuras”, pudo haber dicho de él Quevedo), una de las cuales, hereditaria y muy dolorosa, la gota, le persiguió durante gran parte de su vida. Ni con una muerte que, pese al pronóstico de Hato, que la auguraba “suave y casi inconsciente”, o a la opinión del Padre Sigüenza, que la calificó de “felicísimo tránsito”, sin duda debido a su santidad, ha pasado a la historia como una de las muertes más crueles y de agonía más prolongada con que la enfermedad puede castigar a un ser humano.

## EL SUEÑO DEL ESCORIAL

El Rey Prudente no fue dado a los sueños, y si lo fue se los prohibió tenazmente, “que los sueños, sueños son”. Los pocos sueños que el observador atento ve aflorar a la superficie de su vida tienen que ver con su pasión constructora y con aquella otra que pronosticó su *Horóscopo*, según la cual era hombre que amaba “praedia et fundos”, las propiedades rústicas. Es en el proyecto de convertir el curso del Tajo en navegable desde Toledo a Lisboa, o en la proyección del conjunto palaciego y los jardines de Aranjuez, o en la ampliación y refinamiento del Real Sitio del Pardo, donde podemos siquiera barruntar la efervescencia de una imaginación creadora casi siempre sometida, ese goce que el perspicaz Cabrera de Córdoba apuntaba que sentía el rey al construir, “en pasar las cosas de no ser a ser, que es sombra de creación”. Y es obvio que el mayor y más fermentado de sus sueños, El Escorial, volvía a entrelazar sus afanes de terrateniente y de arquitecto.

El Escorial fue la más cumplida satisfacción que Felipe II permitió a su íntima necesidad de aislamiento. Aquí el dispositivo de santuario que había puesto en práctica en sus aposentos del Alcázar de Madrid cobra dimensiones grandiosas y su inaccesibilidad se extrema. Aquí gusta retirarse el rey durante semanas, raramente concede audiencias, no le siguen embajadores ni secretarios, a menos de ser expresamente requeridos. El Escorial es también el lugar de su último viaje: como si la muerte que en el verano de 1598 se anunciaba irremediable le empujase a su madriguera, pidió la silla de mano y, exhausto y consumido por la enfermedad, entre dolores que se adivinan difícilmente soportables, se alejó de la corte y se hizo conducir al monasterio, donde culminaría en soledad una vida de setenta y un años de soledad.

Pero a medida que se construía El Escorial, ampliaba y extendía sus significaciones, criaturas siempre del sueño del rey. Si en un principio se edificó para conmemorar la victoria de San Quintín sobre los franceses, en la única batalla que presenció en directo a lo largo de su vida, pronto se asociaría a la memoria del emperador y a su deseo incumplido de un panteón para los Austrias, que ahora el hijo, leal al padre e imbuido de la idea de la continuidad dinástica, se disponía a realizar. En los años siguientes los cortejos fúnebres recorrieron los caminos castellanos para conducir hasta la cripta del monasterio, a veces desde muy lejos y en condiciones de secreto, como en el caso del troceado cadáver de Juan de Austria que fue traído desde Flandes, los despojos de los Austrias. Pero la primera piedra se asentó el 23 de abril de 1563 “y es bien advertir que este mismo año y casi en el mismo mes que se puso la primera piedra deste templo –escribe el Padre Sigüenza– se remató y se puso la postrera del Sacro Concilio de Trento”, coincidencia simbólica que dejaba entrever los vínculos entre el monasterio y la Contrarreforma católica, de la que se erigía en fortaleza.

El monasterio-palacio-fortaleza deviene entonces residencia real, panteón dinástico, colegio y seminario contrarreformista, basílica –y convento– para la oración y la vida religiosa, fastuosa biblioteca.

Durante los años que duran las obras, y a medida que el conjunto se levanta y se dilata, ramificando edificaciones auxiliares, ampliando el proyecto inicial, diversificando objetivos y funciones, la supervisión del rey en persona se hace habitual para los que trabajan, y si está lejos envía mensajes, instrucciones,

alienta, previene contra el desánimo como el causado por aquel temible viento que en los primeros pasos de las obras hizo temer que el lugar, por demasiado expuesto, hubiera sido mal escogido: “Otro día llegó un correo de Su Majestad con una carta, en que les decía que no se espantasen del aire y tempestad que había hecho, porque también en Madrid había sido el día muy áspero y de grandes aires [...] Maravillaronse todos del aviso y cuidado del Rey”.

Todavía hoy las cifras de aquel vasto esfuerzo impresionan: en poco más de veinte años (1563–1584) se llevó a cabo uno de los conjuntos arquitectónicos más ambiciosos de todos los tiempos, y se hizo ininterrumpidamente, de una sola vez, lo que implica una eficiencia y organización en los trabajos fuera de la común medida, el coste ascendió –hasta 1598– a “cinco millones y doscientos y sesenta mil y quinientos y sesenta ducados” (Sigüenza), había 1.111 ventanas al exterior y 1.562 a los patios interiores, 1.200 puertas, 86 escaleras, 160 kilómetros de pasadizos y galerías...

Una noche de agosto de 1586, cálida y estrellada, se iluminó el edificio entero con miles de lámparas de aceite, y fue un verdadero milagro que no sucediera incendio ni desgracia alguna, según refiere el piadoso Sigüenza, dados los sitios “tan altos y peligrosos” en que llegaron a colocarse las luminarias y el mucho vino que trasegaban en el buche los operarios que las colocaron. El rey, inmovilizado por la gota, se hizo sacar al claustro alto en silla de mano, mientras el príncipe don Felipe y sus caballeros contorneaban a caballo el monasterio, bajaban al pueblo y subían a la sierra para contemplar el espectáculo desde todos los puntos de vista: la impresión era tal que “jurara quien la veía se parecía mucho a aquella Jerusalem santa que vio el apóstol descender del cielo”.

Felipe II pudo disfrutar durante catorce años la obra de su vida, antes de entregar en ella su muerte.

Desde el primer momento los contemporáneos la equipararon a las Siete Maravillas de la Antigüedad clásica, como su réplica moderna y católica. “Los que agora la vemos y gozamos –escribe Sigüenza– tenemos quitado el deseo de cuanto celebra la antigüedad”. Pero no ha habido consenso universal en cuanto a su belleza. En muchos juicios asoma la hostilidad –a veces más ideológica que estética– contra la rigidez, el conservadurismo o el autoritarismo de sus formas. Tampoco la postmodernidad le ha sido amable: se le reprocha exceso de definición y de sistematicidad, organicismo, pureza, jerarquía... valores poco apreciados al filo de este segundo milenio.

Los historiadores de la cultura debaten el significado simbólico que cabe atribuirle. Para G. Kubler se asocia a la idea de la *Ciudad de Dios* y a la estética racionalista agustiniana, para F. Checa fue entendido en la España de finales del XVI, y durante todo el siglo XVII, como nuevo Templo de Salomón, al tiempo que se identificaba a Felipe como nuevo Rey de Judá y se elaboraba míticamente la conjunción de ambas ideas. Para L. Pfandl se trata de una “Summa” que evoca y traduce la tomista, una “fuente de todas las ciencias”, ligada a la renovación escolástica del Quinientos filipino y al *Opus Magnum* del mismo, el compendio enciclopédico-crítico de Melchor Cano *De locis theologicis*.

Palacio, monasterio y fortaleza simbólica, El Escorial alcanza en su Biblioteca una dimensión distinta, de alta cultura por su origen, aunque no por su destino, obligado a la universidad de los estudiosos, como por entonces

reivindicaban los humanistas con respecto a las bibliotecas, como hubiera querido Benito Arias Montano, su primer director, incluso como decía querer el segundo, Fray José de Sigüenza: “Las librerías son apotecas y tiendas comunes para toda suerte de hombres y de ingenios”, escribe, e insiste: “Esta librería es Real, y han de hallar todos los gustos, como en mesa Real, lo que les asienta”. Mas si es así ¿por qué encerrarla entre los muros de un monasterio tan exclusivo, tan apartado de las universidades y de las grandes ciudades donde habitaban los posibles lectores? En su propia época hubo quien la acusó de “sepulcro de libros”, donde los antiguos y magníficos manuscritos se pudrían como en osario, y el jesuita Mariana formulaba en *De Rege* una pregunta que le hubiera sido difícil contestar al jerónimo Sigüenza: “¿qué provecho podemos sacar de libros que están cautivos y sujetos?”. A diferencia de la opción que tomaron otras grandes bibliotecas europeas durante el Renacimiento, como la Vaticana en Roma, la Laurentina-Medicea en Florencia, la Ambrosiana en Milán, o la de los Fugger en Augsburgo, inequívocamente urbanas, la Biblioteca del Escorial repetía –si bien con matices importantes– la combinación medieval del libro, el monje y el apartado cenobio, por más que su decoración se llenara de motivos paganos y renacentistas y que su gestión fuera entregada en manos de un humanista de la talla de Arias Montano. El mismo Padre Sigüenza, su segundo custodio, quien siempre consideró al primero como su maestro, divide las estancias no privativas del monasterio en dos grupos: “quiero decir que hay piezas comunes, donde o todos, o parte, se juntan; estas son dos: la una para entre el Colegio y Convento, y la otra para todos; aquélla es la librería, y ésta la iglesia”. El concepto que tenía del uso de la biblioteca seguía pues pautas medievales, la de una biblioteca albergada por una orden monacal, “que estuviese fuera y aun lejos de poblado, donde los religiosos ni tuviesen quien les estorbase la quietud de su contemplación”, y de la lectura que les estaba reservada.

Este acaparamiento de la biblioteca por el monasterio, en época tan avanzada ya, no puede explicarse como mero arcaísmo medievalizante. A mi modo de ver tiene relación, y mucha, con el convulso debate religioso de la época, que se deslizó tan frecuentemente, y a lo largo de todo el siglo, del terreno de las ideas al de las armas.

Aparte del prestigio que podía aportar a la majestad de un monarca –y ya se ha visto cuánto le importaba su imagen– la posesión de una colección tan numerosa y tan desorbitadamente cara de libros valiosos; aparte de que una tal acumulación de manuscritos –que el rápido desarrollo de la imprenta convertía en piezas raras, de museo, amenazadas de desaparición, en la misma medida en que la investigación de los humanistas les otorgaba un estatus de objetos preciosos, de un valor incalculable– suponía la incorporación del monarca español a la elite de coleccionistas internacionales, la de los Medici, los Farnese, los Gonzaga, los Fugger, Francisco I de Francia, papas como Julio II o León X... una vez que el Renacimiento había otorgado a la actividad coleccionista los valores de distinción, poder e inversión en patrimonio que aún hoy conservan; aparte de que al acceder a la prestigiada categoría de mecenas Felipe II veía reforzada su autoridad, y su poder, sobre la inteligencia española; aparte de todos estos factores, que explican la fundación de la Biblioteca pero no su reatamiento a un monasterio, me parece a mí que debe tenerse en cuenta el valor añadido que adquirieron las bibliotecas en el

escenario de las guerras de religión. Se convirtieron en una especie de reserva de textos en disputa, base de investigaciones y publicaciones que entraran de lleno en la lucha ideológica, pero además concentraron una masa de libros en una época en que casi todo libro era un libro de combate, controlando y restringiendo su uso de manera institucional. La acumulación de libros en una biblioteca tan apartada del uso común como la del Escorial es uno de los signos de aquellos días que necesitaron apropiarse de la palabra escrita para intentar apropiarse también de la autoridad religiosa.

Una Biblioteca era, en el siglo XVI tanto como hoy, una imagen del mundo, casi el mundo mismo —así la soñó Borges— de manera que al lector que se interna en sus armarios y estanterías le son otorgadas las experiencias del viajero. Responde pues, como nuestro conocimiento del universo, a una acumulación enciclopédica de saberes, a la idea de “la fuente de todas las ciencias”, labrada por Jacopo de Trezzo para El Escorial en medallón de piedra. En el monasterio la biblioteca ocupaba desde su principio tres grandes salas, cuya organización nos da idea del orden que regía en este universo. La primera, situada sobre el zaguán de la puerta principal, contenía únicamente libros impresos y únicamente en lenguas clásicas, latín, griego, hebreo. Estaban expuestos en arquitecturales armarios de orden dórico diseñados por Juan de Herrera, y curiosamente colocados de canto, con los lomos hacia adentro y con los filos de las hojas —vuelto hacia afuera— dorados, de modo que “parece toda la pieza hermosa, porque desde el suelo a la cumbre está o pintada o cubierta de oro”. Sigüenza, enamorado de su biblioteca, dedica páginas y páginas a describir los frescos que adornan esta sala, sus figuras y alegorías, que representan el sistema de las artes y las ciencias de la época, el “Trivium” y el “Quadrivium”, y que la hacen tan magnífica, tan llena de diferencias y desnudos, dice, con no poca exageración, que parece como si la hubiera pintado el mismo Buonarroti, por lo que “quita el deseo de ver aquel tan alabado Juicio que pintó en el Vaticano”.

La segunda sala está sobre la primera, y armarios, encuadernaciones en becerro y colocación de libros siguen el mismo modelo, aunque aquí los frescos han sido sustituidos por una colección de retratos “de muchos pontífices y personas principales en santidad o letras”. Esta sala está especializada en libros en, “las lenguas vulgares, castellana, italiana, francesa, alemana, portuguesa, elemosina o catalana”, aunque también hay otros en lengua latina, fuera de orden, que no cabían en la anterior. “La tercera pieza o librería pudiéramos llamarla primera, porque la dignidad en los libros lo merece [...] Está muy junto de la principal, pared en medio, en el claustro alto de la Hospedería”, y en ella se encuentra “lo guardado y que no se comunica a todos”, esto es, los manuscritos, “tan antiguos, que es maravilla como muchos dellos viven”. Esta sala está dividida en dos secciones, una para los códices hebreos, árabes, italianos, castellanos, persas, chinos, turcos... la otra para los más guardados entre los guardados, los códices griegos y latinos. La idea de separar una pieza para los libros más preciosos, una especie de librería secreta, fue preconizada para la Laurentina por el obispo Agustín, y también por Arias Montano, que quería “una pieza aparte o atajada con muro o con reja de madera que fuese como tesoro de los libros originales [...] y no es necesario que estén en la comunidad de los otros, que han de estar expuestos al uso de todos los que quisieran estudiar en ellos”.

El número total de libros, o mejor dicho, de volúmenes encuadernados, muchos de los cuales agrupaban diferentes obras, era de catorce o quince mil, clasificados en principio por su condición de impresos o manuscritos y por su lengua, clásica o vulgar, y después por cualquiera de las setenta y cuatro materias diferentes que estableció Arias Montano, y que resumían la imagen renacentista del universo. El conjunto era realmente magnífico y situaba al Escorial en la vanguardia de las grandes bibliotecas internacionales. La base de la colección la había proporcionado la biblioteca particular del Rey, que tenía en el Alcázar de Madrid, y de la que cedió a la Laurentina unos 1.200 libros, a los que vinieron a incorporarse desde muy pronto donaciones tan importantes como la de la exquisita biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza, que había sido embajador en Venecia y Roma, o las del arzobispo de Tarragona don Antonio Agustín y del obispo don Pedro de León, a más de los libros que fueron aportando bibliófilos como Arias Montano, Ambrosio de Morales, Juan Páez... delegados por el rey para buscar y comprar códices y libros en España, Flandes, Italia o Alemania.

#### TRES LIBROS PARA LA VIDA PRIVADA

Es en este ámbito de la Biblioteca Laurentina de El Escorial donde aparecen tres piezas del mayor interés. Tienen un sello indeleble de época y tocan muy de cerca a la persona del Rey Prudente, en los diferentes ámbitos en que se desenvuelve. Los tres entran en esa zona de aislamiento íntimo, más allá de la cual se mostrará inaccesible, cuando Felipe es muy joven todavía, y los tres constituyen lecturas para la vida privada, para la meditación sobre su destino personal –el *Horóscopo*–, para las horas de devoción –el *Libro de horas*–, para el conocimiento de sus ancestros y de sus raíces –la *Heráldica*–.

En el *Horóscopo* que el médico germánico del emperador, Matías Hato, confeccionó en 1549 para el joven príncipe, de 22 años, durante su estancia en Bruselas, adonde había acudido llamado por su padre, y que Felipe se trajo consigo de vuelta a España, como libro que valía la pena conservar, asistimos muy de cerca a la “fabricación” del personaje del príncipe por un narrador–astrólogo extremadamente cauto, que si nos lo muestra desde el lado humano que señalan los astros, con su melancolía, su amor a las propiedades rurales, su incontinencia erótica, sus enfermedades, o sus matrimonios, es para insistir una y otra vez en un destino afortunado, regido por Júpiter y también, en parte, por Saturno, astros todopoderosos que se complementan (“Y el Júpiter benino / de bienes mil cercado, / serena el cielo con su rayo amado. // Rodéase en la cumbre / Saturno, padre de los siglos de oro”, escribe Fray Luis en “Noche Serena”) y que otorgan al “nativo” la “disposición favorable que corresponde a un héroe sumo, capaz de llevar a cabo actos magníficos y extraordinarios”, insistencia que se expresa con mayor fuerza todavía al final del *Horóscopo* y que traduce las esperanzas –y los deseos– de quienes se sabían sus inminentes súbditos. Resulta difícil escapar, hoy día, a la tentación –al desafío– que para todo lector sensible supone contrastar esos esperanzados pronósticos de 1549 con el balance final de una vida que hoy podemos contemplar con esa distancia de que disfrutaban los herederos remotos.

El *Diminuto Devocionario* o *Libro de Horas* es una obra maestra de la miniatura renacentista. Pertenece a un género de libros piadosos que fue habi-

tual en la época, en la misma corte de Felipe II no faltan las referencias: la reina Isabel de Valois disponía de varios, también la reina Ana de Austria, en el Inventario de Bienes Muebles de Felipe II se citan numerosos ejemplares (A. Domínguez y F. J. Docampo) y son de los pocos libros que Felipe permite leer a su hijo Carlos cuando lo recluye en sus aposentos. Nuestro ejemplar, compuesto en Francia, hacia 1540–1545, apenas unos años antes de que se hiciera el *Horóscopo*, probablemente en París (aunque no es descartable Tours) y en el ámbito de trabajo del llamado “Taller de las Horas de 1520”, fue iluminado por el anónimo Maestro de las Epístolas Getty en un estilo de transición entre los modelos flamencos y el influjo de los pintores italianos del Renacimiento, especialmente el de Rafael de Urbino. El maestro del *Libro de las Horas* trabajó para la familia real francesa de Enrique II y Catalina de Medici y es muy posible que el códice fuera adquirido para su hija, Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, quien lo traería consigo a España en 1560. Este tipo de libro, por su condición de joya y su pequeño tamaño era especialmente apreciado por el gusto femenino que podía pagarlo, y nuestro ejemplar suscita en la memoria la figura de la hermosa y frágil Isabel, que llegó a España a los 15 años para casarse con Felipe y que murió ocho años después, dejando tras sí una sutil fragancia de belleza. Isabel se deslizó entre las intrigas de su marido y las de su madre, la reina viuda de Francia, sobre el légame de una resbaladiza alianza que cada uno de ellos trataba de decantar a su favor, o entre quienes quisieron ver en el afecto hacia el enajenado príncipe Carlos algo más que compasión en ella y deslumbramiento canino en él, con una ligereza y una elegancia admirables. Durante los ocho años que fue reina de España hizo girar a su alrededor una juvenil y regocijada corte en la que fueron habituales los príncipes Juan de Austria y Alejandro Farnese, los archiduques Rodolfo y Ernesto, el propio príncipe Carlos, la princesa Juana, la multitud en fin de damas francesas que la reina pidió al rey poder conservar a su lado, en la que menudearon las fiestas, los bailes, las mascaradas –como aquella célebre del día de Reyes de 1564 en que dos tropas de damas encabezadas por la reina y la princesa Juana, respectivamente, compitieron por el premio a la mejor “invención” y a la que acudían con regularidad y frecuencia las compañías de actores profesionales para representar en palacio sus comedias. El lujo inaudito y parisino de su vestuario, la artificiosa coquetería de sus tocados, pero sobre todo sus “beaux yeux reluisants” tenían contrastes de diamante en la lóbrega y solemne atmósfera del Alcázar.

Brantôme, uno de los escritores que más contribuyeron al nacimiento de la “leyenda negra”, cuenta que en España ningún caballero de la corte osaba mirarla al rostro por temor a enamorarse, y hasta los clérigos se sentían estremecidos bajo sus sotanas. A pesar de la fragilidad de su salud parece que fue feliz, o al menos lo confió así a su madre: “Je vous dirai comment je suis la plus hereuse femme du monde”, que el rey se mostró especialmente solícito y afectuoso con ella –insisten en esto las cartas de damas de compañía y embajadores franceses–, y que supo respetarla: un año largo después de la boda la camarera informaba a Catalina de Medici que el rey todavía no se había acostado con la reina, y Catalina escribía a su hija: “Francia espera que, por fin, perdáis vuestra inocencia”, pero Felipe aguardó hasta que Isabel ofreció signos inequívocos –y tardíos– de su pubertad.



Si el *Horóscopo* y el *Libro de Horas* nos ponen en contacto con el ámbito privado del monarca, el suntuoso códice titulado *Heráldica y origen de la nobleza de los Austrias*, en tres grandes volúmenes manuscritos, apunta hacia sus raíces, hacia la ideología y los sentimientos nobiliarios de los Austrias, hacia la conciencia orgullosa de pertenencia a un linaje en el momento de su mayor esplendor. Aquí el mundo está contemplado desde la legitimación que la historia y el poder confieren a la sangre. La historia universal, desde Noé, no es sino el lento trabajo de las generaciones, a través de muy diversas geografías e imperios, hasta el alumbramiento de un Imperio Universal, encarnado por un Austria, el emperador Carlos V. Los tres “preciosos libros” fueron encargados por el obispo y cardenal de Augsburgo, Otto Truchsess von Waldburg, un alto dignatario al servicio del emperador, al maestro pintor y arquitecto de Augsburgo Hans Tirol, que aquí ejerció de historiador, elaborando una historia universal del quehacer humano sorprendente por su antropocentrismo, es decir, por su modernidad. El taller responsable de las ilustraciones, de una calidad extraordinaria, fue el del pintor Jörg Breu el Joven, de Augsburgo, hijo de pintor y relacionado familiarmente con Tirol, que las ejecutó entre 1547 y 1548. El códice estaba acabado en 1549, el mismo año del *Horóscopo* y unos años después del *Libro de Horas*, y fue entregado como obsequio a Felipe, según se lee en una nota manuscrita de la Bayerischen Staatsbibliothek: “Anno 1549 el Obispo de Augsburgo homenajeó al Príncipe de Austria con preciosos libros, que encargó a Tyroll, habitante de Augsburgo, con grandes costos y con exquisitos dibujos y texto”. La solemne entrega del mismo debió de ocurrir en la primavera de 1550, cuando Felipe viajó a Augsburgo con el emperador, y probablemente era un signo del clima que había dejado tras de sí la victoria de Mühlberg y del sentimiento de capitalidad imperial que Augsburgo debió adquirir con la Dieta (Reichstag) reunida en la ciudad en 1547, con la presencia de los siete príncipes electores del Imperio, del rey Fernando, hermano del emperador, de su hermana la reina María, Gobernadora de los Países bajos, del archiduque Maximiliano, futuro yerno de Carlos V y futuro emperador (le ganó la mano, precisamente en 1550 y en Augsburgo, a Felipe), e inaugurada con una misa pontifical que celebró el 1 de septiembre, en la catedral, el mismo Cardenal von Waldburg. Hay en las circunstancias del encargo y del regalo, y en la esplendidez del regalo mismo, algo de exaltada autocelebración: al todavía Príncipe Felipe se le legaba la historia universal como patrimonio de su familia.

Y es curioso que estos tres libros que, como tres llaves, abren accesos a la privacidad del todavía joven príncipe pero ya inminente rey, que pasará a la historia por la firmeza –dureza incluso– con que se enfrentó a la Reforma protestante en nombre de la ortodoxia católica, rocen los tres la escurridiza frontera de la heterodoxia: los *Horóscopos* pertenecen a un género de literatura que la Iglesia miró con profunda desconfianza, cuando no con franca hostilidad, y Marías Haco, el autor del nuestro, trata de cubrirse las espaldas contra posibles acusaciones de herejía y de poner por delante siempre que puede la invocación a la autoridad suprema de Dios; el *Diminuto devocionario*, afectado por las nuevas consignas salidas de Trento, escapó al expurgo de la censura y evitó llegar hasta nosotros lleno de tachaduras y falto de algunos folios arrancados, como ocurrió con otros, pero el perdón que tal vez le procuraron la protección real y la de su propia belleza no le eximió de ser prohi-

bido por el inquisidor a efectos de su utilización como libro de oraciones, y así quedó anotado en la penúltima hoja del manuscrito, y en cuanto a la *Heráldica y origen de la nobleza de los Austrias*, su exaltación del linaje y de la figura del Emperador va acompañada de abundantes tomas de posición contra el papado como institución y contra la generalizada corrupción del clero, propias del punto de vista no de los vencedores de Mühlberg, sino de los derrotados, de manera que no puede ser más paradójica una historia universal concebida en homenaje a la católica Casa de Austria pero elaborada desde los sentimientos y las ideas protestantes de quienes la escribieron, iluminaron... y padecieron.

Así suelen ser las cosas: el pasado no admite ni punto final ni clausura, crece como los grandes ríos sobre los márgenes de una historia ya escrita, la de un rey inaccesible y la de los graves acontecimientos que llenaron su reinado, se desparrama por la vega baja, inunda las galerías del alma, se entreteje con los hilos de los sueños, aflora en testimonios tan inesperados como estos tres libros que nos permiten entrever lo que los fastos del reinado y su historia oficial callaron.

Valencia, otoño de 1995